

N.º 7 diciembre 2017

# POÉTICAS

*Revista de Estudios Literarios*



## ESTUDIOS

Melissa Lecointre  
EL DISCURSO AMOROSO  
DE EUGENIO DE NORA EN LA  
POESÍA DE POSGUERRA:  
«AMOR PROMETIDO» (1946)

## POESÍA

Natasha Trethewey  
POEMAS INÉDITOS

## ENTREVISTA

Ignacio Ballester Pardo  
ENTREVISTA CON  
VICENTE QUIRARTE

Cuesta, Mabel.

*In via, in patria.*

Houston: Literal Publishing, 2016.

Irma Cecilia Eudave Robles  
Universidad de Guadalajara

eudave850@hotmail.com

Cuando inicié la lectura del libro de poemas de Mabel Cuesta, *In via, in patria*, me sentí invitada a la ruta sentimental que arroja el viaje. Desde el epígrafe «Je me voyage» de Julia Kristeva ya se nos perfila el camino: un trayecto vivencial en conexión con distintas latitudes. Mientras te adentras te percatas de que la poeta rompe con la idea tradicional del viaje, de la bitácora externa de los espacios, para introducirnos en la travesía interior e intensa del que viaja de afuera hacia el interior de sí mismo. Así, nunca más lúcidos que cuando vestimos la piel del viaje, cuando recorremos los confines de la conciencia que este arroja,

cuando descubrimos que nuestro cuerpo es nuestro y es de los otros para dejar de ser una parte de las escenografías de los lugares que ostentan las postales.

Si bien uno de los vectores principales del poemario es el motivo del viaje -se citan numerosas ciudades: Nueva York, Dublín, Lisboa, muchos lugares de España, Venecia, Berlín, Praga, Ámsterdam, Cusco, por nombrar algunas-, todo remite y lleva a la poeta a tomar la ruta, por más imposible, alejada o dispersa que sea, hacia el punto de origen que la arrojó al camino, el Caribe. Desde ahí se transita, se bifurca, se recrea:

Fecha de recepción: 12/04/2017 Fecha de aceptación: 17/09/2017

buscando ser

boca que en la boca va

norte a sur

imagina-me

en el Caribe.

Porque todo encuentra su fin,  
su condición de existir aún en  
la errancia, en la certeza de que

Será  
cómo no saberlo  
desde siempre  
en el Caribe.

No solamente en este poema titulado «Aimée y el jaguar» aparece la idea del traslado como búsqueda de la región de origen, también está «Ruta de la especia» o «Lisboa»: «para curarnos de otras lenguas dominantes / *Água-Da-Flor* / para probarnos que no ha pasado nada». Los poemas de Mabel se van entretrejiendo, van delineando una lectura donde viajar no es un gozo simplemente sino la toma de conciencia de ir en tránsito y cómo esta experiencia se convierte en poesía. «Clase turista», por ejemplo, es un poema con un dejo de ironía, pues desde el inicio intenta despojar

la visión estandarizada de aquellos que intentan ver en todo la reproducción de parajes idílicos que no corresponden necesariamente a la personalidad del viajero que incita a descubrir el guía del poema mencionado:

Déjate acompañar por el agua  
[pura  
dice el guía en el cuarto templo  
[base

mundo de sacrificio  
agua pura para nosotras  
sacerdotisas del jaguar.

El agua es una constante en este poemario, se resignifica el símbolo, y no solo es principio creador sino desplazamiento, fluir de consciencia que arropa a la poeta y ella a nosotros como en «Tarde en la Habana» donde confiesa:

yo quería hablarte de islas  
[en reposo  
de una belleza no visitada  
por la lumbre pobre de mis  
[hijos  
quería de hermanos  
[regalarte una cascada  
un tremendo salto a la  
[utopía  
un no vale la tristeza  
en sus ruinas.

Nos regeneramos en el agua que vuelve las palabras húmedas y nos preparan para el «tremen-

do salto a la utopía», ese que permite vivir en el exilio físico o emocional. Sin embargo, estos poemas de itinerancia líquida no traen consigo la metamorfosis sino la purificación, la aceptación de lo que se es: un sujeto transitorio que en su andar busca regresar a la tierra donde se gestó su personalidad, sus inquietudes. «La calle del manzano», poema de remembranza del tiempo vivido en Cuba, lo demuestra:

Y me veo corriendo hacia ti  
desesperada  
tú, dividida en tantas dimensiones  
río en río,  
que es decir  
se me llena madre de agua el cuerpo.

Así, el recuerdo es la génesis y el motor de la escritura de muchas de las composiciones que terminan por evocar a Cuba aunque la poeta esté a miles de kilómetros de ahí como en «Bajo el cielo de Dublín» o «Los vestigios del país». Este último se integra a la tradición del cubano exiliado, se encuentre donde se encuentre, que ve en La Habana, en el Caribe, el único lugar de procedencia real, las raíces que se sostienen en esa identidad férrea,

la conciencia de seguir en el camino como lo han hecho Magali Alabau (1945), Lourdes Gil (1950), María Elena Cruz Varela (1953) u Odette Alonso (1964).

Los poetas cubanos siempre han tratados temas polémicos y diversos: exilio, emigración o destierro posrevolucionario; entregándonos un vasto corpus poético como dan cuenta varias antologías cuyas las líneas argumentales giran entorno a la desilusión de un régimen que les devolvió esperanzas rotas sobre la arena: *Poesía en éxodo* (1970) de Ana Rosa Núñez y *La pérdida y el sueño* (2001) de Carlos Espinosa Domínguez; la antología pionera que en su momento unió la poesía de dentro y fuera de la isla *La última poesía cubana* (1973), de Orlando Rodríguez Sardinas, a la que le siguieron *La poesía de las dos orillas* (1994) de León de la Hoz, *Poesía cubana: la isla entera* (1995) de Bladimir Zamora y Felipe Lázaro, *La isla en su tinta* (2000) de Francisco Morán, *Las palabras son islas* de Jorge Luis Arcos (1999), hasta llegar a la *Poesía cubana del siglo xx* (2002) de Jesús J. Barquet y Norberto Codina. Mabel Cuesta sigue fiel a esta tradición, su

poema «La respuesta» prosigue con ese desencanto y añoranza de lo no conseguido:

y quién sabe  
cuál  
de todas  
sería la respuesta  
la solución esperada  
por milenios  
[...]  
hoy  
cuando ando todavía buscando esa  
aquella  
respuesta eterna  
a lo que sería nuestra felicidad  
tardecita en la ventana para  
[soñarnos en futuro  
lápices y peces.

Por otra parte hay que mencionar que muchos de los poemas de Mabel Cuesta están cargados de una sensualidad delicada, sugerente, que navega por las páginas de este viaje poético que además se configura alrededor y gracias a los amigos. Hay algo de entrañable cada vez que se evoca a las personas por las que anda, por las que peregrina, recuperándolas entre sus versos para

retenerlas ahí, en ese espacio suspendido que es el recuerdo:

Las amigas de mi madre  
y quizá ella misma  
fueron además  
piedra brillante en mi ruta  
este paso demorado hasta ti  
que esperabas sentada en sus  
[vientres  
en los ojos con que tiernas  
compadecían mi desdicha

Cuando usted lea este poemario, *In vía, in Patria*, se dará cuenta de que no es apto para turistas que se conforman con los estándares de las agencias de viaje de la vida, sino para viajeros que buscan en la palabra iniciar una travesía y se permiten empatizar con la voz de una poeta unguida de paisajes, de ecos, de recuerdos que van allanando la vuelta al hogar, aquí o en todas partes, porque ha conseguido refugiarse en el mejor de los territorios: la palabra escrita, esa de la que nadie podrá expulsarnos y de la que muchos hacen un paraíso.